

Construyendo patria desde la iglesia. Un sermón religioso en Zacatecas a favor de Agustín I

José Arturo Burciaga Campos
Universidad Autónoma de Zacatecas

En principio, todo pensamiento es argumentalmente inconsistente.
Toda idea, sin embargo, tiene la capacidad de ser argumentada.
Es decir, podemos convencer a otros mediante una
inconsistencia terriblemente disfrazada.
Benjamín Valdivia, *Argumentos para una retórica*.

Introducción.

El arte de la retórica persigue, como dice Benjamín Valdivia, *la infinidad de los fragmentos reflejados en cada cerebro individual: plasma múltiples imágenes, posibles o imposibles, para cada pensamiento o situación. Sueña que unos fragmentos reflejan de modo más completo la consistencia de la verdad. Y nos quiere convencer de ello;*¹ pero, si esto es una visión contemporánea sobre el arte de persuadir y convencer a los demás, podemos también señalar que la retórica es tan antigua casi como el hombre y que se puede identificar como el arte de elaborar discursos *gramaticalmente correctos, elegantes y, sobre todo, persuasivos.*²

¹ Benjamín Valdivia, 1999, *Argumentos para la Retórica*, Ediciones Desierto, San Luis Potosí, p. 14.

² Helena Beristáin, 1995, *Diccionario de Retórica y Poética*, séptima edición, Editorial Porrúa, México, p. 421.

Entonces, ¿cómo percibían los antiguos la retórica? Pregunta demasiado inasible en la esencia del discurso mismo. Un recorrido vertiginoso a través del tiempo con la retórica auestas, es, también, inasible, porque este arte ha sido utilizado, inducido y perfeccionado en aras de diversos intereses. Si ubicamos la retórica en una época determinada, digamos en la virreinal hispanoamericana, más específicamente, en la virreinal zacatecana, encontraremos que ese arte de convencer a los demás era la forma de vivir o sobrevivir del que usaba la elocuencia verbal, de quien lo que creía, era la verdad, su verdad y la de los demás. Pero, si saltamos el vallado de la época virreinal, nos encontramos a la vuelta de los años posteriores a 1821, con una vuelta que no ha sido tal, que sólo entornó y transformó un poco la mirada, las formas y el pensamiento de quienes vivieron esa época; de los que sólo vivieron un derrumbe virtual de un sistema, que en muchos aspectos se convirtió en la prolongación de sí mismo, que sólo cambio sus ropajes colonialistas por otros independentistas, pero que se quedó con un mismo cuerpo, maltratado, hambriento y desconcertado en la generalidad de sus órganos.

La retórica se puede definir también como la *imposición de una idea ajena mediante ropajes adecuados (...) una búsqueda de la aceptación* una persecución casi furiosa, casi sutil y casi terrible de la verdad, un convencimiento de *algo en cuya verdad no creemos* como apenas un medio convencimiento.³ La retórica novohispana legataria de la independentista, incipiente y orientada a las viejas glorias de los sermones religiosos en el contexto colonial, apenas si pudo librarse del trato de la palabra surtida de veneros mitológicos, de referentes lejanos en el tiempo y en la distancia, de latinazos de mucho efecto pero de dudosa ubicación. Todo eso en la certeza de quedar parado en un púlpito, en el momento adecuado y en un territorio donde el lugar de las palabras efectistas era el rey de todas las cosas.

³ Valdivia, *Argumentos...*, p. 19.

Iturbide, el protagonista de muchos sermones

*Tanta verdad no puede ceñirse a un solo lenguaje*⁴ aunque el lenguaje de la religión católica en el alba de la independencia de México ceñía todas las verdades habidas y por haber en torno a la figura del momento: Agustín de Iturbide, ungido como emperador por un grito temprano y efec-tista que recorrió las brumas de una noche cuando las conciencias recién estrenadas como nacionalistas, soñaban o pensaban en cómo hacer para convertirse en una nación que todavía tenía su cordón umbilical férreamente unido a la sombra de España. *Toda postulación de ideas conserva sus adeptos debido a sus movimientos retóricos*,⁵ y Agustín I demostró que su retórica de guerra y paz ganó terreno en la consumación de la independencia. Su capacidad negociadora con ambos bandos le redituó un prestigio. Y el temor de los peninsulares avecindados en México lo erigieron como un caudillo salvador, el mismo que rechazó la oferta de Miguel Hidalgo para incorporarse a las filas insurgentes con el grado de teniente general, el mismo a quien le quemaron su hacienda paterna de Quirio, en Valladolid, el que tuvo que huir a la Ciudad de México, perseguido por los horrores del saqueo y la chusma hambrienta. Todos esos motivos fueron suficientes para incorporarse a las filas realistas. Más tarde diría en sus Memorias: *siempre fui feliz en la guerra*. Se convirtió en un militar sumamente ambicioso y extremadamente cruel e hizo lo mismo que muchos insurgentes a los cuales odiaba ácidamente.⁶

Narra Lucas Alamán que Iturbide, en la flor de la edad, de aventajada presencia, modales cultos y agradables, hablar grato e insinuante, fue bien recibido en la sociedad de la capital novohispana a entregarse a las disipaciones y dilapidar sus caudales, a sentir en carne propia los agravios contra los criollos. Es en esa conversión en la que se identifican las raíces de su proclividad con la causa insurgente, pero sólo para resolver la controversia con la autoridad de la Corona española y salir avante con la consumación de la independencia, el 27 de septiembre de 1821,

⁴ *Ibid*, p. 14.

⁵ *Ibid*, p. 15.

⁶ Enrique Krauze, 1994, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1819-1910)*, TusQuets Editores, México, pp. 98 / 100-101.

justo cuando celebraba su cumpleaños número treinta y ocho. Esa acción le dio ventaja porque la mayoría de la gente percibió así el atributo y el triunfo de Iturbide, creyendo que él había tenido el mérito principal en la consumación de la independencia. La monarquía moderada sería su argumento principal para no pasar de la *destrucción absoluta de un poder opresor, a la absoluta relajación de todas las partes de un cuerpo político, aludiendo al sistema republicano, claro, al ejemplo de la Francia*.⁷

En el pensamiento de Iturbide revoloteaba toda clase de ideas para hacer más grande el Imperio que por la providencia se le había rendido. Pensaba en la inmensidad del territorio, desde Arkansas y Alta California hasta Centroamérica. También pensaba en que él era el hombre que la providencia había elegido para sacar de México, de su nueva conciencia nacional, los bienes imponderables como nueva nación. Se erigía como un antecedente directo de “seductor de la Patria”, tal como más adelante lo sería Antonio López de Santa Anna. Iturbide entreveraba en su discurso tintes liberales y declaraba que él no debía de ser obedecido si no respetaba la constitución. Mal agüero o augurio, porque de ahí en adelante, todos los que se plegaran o pusieran contra un congreso o congregación natural política, ya fueran liberales o conservadores, se llevarían los pesares del poder hasta las sienes, la boca, la mente y hasta el corazón; y de ahí que, muchas veces, el destino se convertía directamente en pelotón de fusilamiento o asesinato político, responso y cementerio.

El nacimiento de una nación como la mexicana, bien merecía y reclamaba todos los debates circulando en pos del progreso de los extraviados americanos que les tocaba vivir en el suelo del Anáhuac. Uno de esos debates los puso en boga, casi silenciosamente, por el silencio que da la cárcel, el enemigo de todas las coronas, fray Servando Teresa de Mier,⁸

⁷ *Ibid.*, pp. 101-103.

⁸ Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) luchó con fuerza por la independencia de México, desde diferentes frentes: con la pluma, con discursos, en el campo de lucha, desde la cárcel, dentro de las Cortes del Congreso: realizó una animada obra de verdadero amor a su patria. Sufrió por ello persecuciones, cárcel, destierro; sin embargo, no aminoraron sus deseos de luchar por la independencia de la Nueva España. De él escribieron los inquisidores al virrey Apodaca: *es el hombre más perjudicial y temible de este reino (...) posee una instrucción muy vasta en la mala literatura (...) Aún conserva su ánimo inflexible, un espíritu tranquilo, superior a sus desgracias. En una palabra, su fuerte pasión dominante es la independencia revolucionaria, que desgraciadamente ha inspirado fomentado en*

quien escribió unos versos alusivos:

Un obispo presidente,
dos payasos secretarios,
cien cuervos estrafalarios
es la Junta Instituyente
tan ruin y villana gente
cierto es que legislarán
a gusto del gran Sultán,
un magnífico sermón
será la Constitución
que estos brutos formarán⁹

Entonces, un sermón, y de carácter religioso, debía ser escrito y hasta pronunciado por persona capaz en la materia. *La definición del sermón en este tiempo se extendió a la escritura. No es ya el sermón la plática o conversación (...) si bien el sermón es un discurso en función clara de mover al auditorio a las virtudes (en ese sentido persuasivo), se detiene en el problema de la elaboración como discurso escrito.*¹⁰

Había que escribir bien y hablar mejor para que un sermón fuera efectista en el ánimo de los oyentes. Los sermones se multiplicaron como los panes y en las principales ciudades del Imperio Mexicano se continuó con la tradición del sermón religioso. Muchos de ellos, ya con una mixtura de sermón casi político, con elementos de la potestad temporal y de moral de los gobiernos, se escribieron y pronunciaron desde el púlpito, ensalzando la figura de Iturbide.

Los registros llegaron a ser inmensurables. Las bibliotecas y archivos pronto comenzaron a desbordarse de palabras manuscritas e impresas. La retórica religiosa había sido consolidada —desde su pasado en el siglo XVI, hasta los albores del México independiente— como

ambas Américas, por medio de sus escritos, llenos de ponzoña y veneno, Ernesto de la Torre Villar, et al., *Historia Documental de México*, t. II (Serie Documental no. 4), 2ª edición, Universidad Nacional Autónoma de México, México, p. 138.

⁹ Krauze, *op cit.*, p. 110.

¹⁰ Mariana Terán Fuentes, 2002, *El artificio de la fe. La vida pública de los hombres del poder en el Zacatecas del siglo XVIII*, Universidad Autónoma de Zacatecas-Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, p. 65.

tejedora de la palabra de la historia, como parte de una humanidad —la mexicana— como testigo de la expresión de algunos de los deseos de los hombres buenos (paz, religión, progreso, buen gobierno).

Llegó entonces la transformación del sermón religioso en sermón cívico, misma que se consolidó, según Herrejón Peredo, hasta 1825.¹¹ El discurso retórico novohispano despegó del horizonte de la historia política de la monarquía española, para que, casi siempre, en forma ecléctica —de panegírico con visos de moralista y dogmático— brincara el vallado de una época, la virreinal, y de un sistema, el absolutismo, enfilado hacia el republicanismo; y luego se situara, con madurez, pero también con tozudez por la recurrencia de algunos tópicos (como la religión, la providencia y la procedencia del poder temporal del espiritual) sobre las cabezas y las conciencias. Parecía que los oradores eclesiásticos desearan que de las palabras se elevara la recreación del ejercicio puro de la creación armónica de la humanidad como el fin último de todo lo existente. Los clérigos tuvieron que estar a tono con los tiempos y ensayar la palabra que ponderara a unos hombres públicos (los políticos de una facción determinada) sobre otros para inculcar una conciencia política en sus feligreses. Lo importante seguía siendo no perder de vista la potestad espiritual y el dogma de que todas las cosas temporales, emanaban de Dios. Así, el sermón de púlpito con rasgos de veneración hacia la potestad política, tuvo su origen en los sermones fúnebres de Fernando VI (1759), Carlos III (1788), en los efectos colaterales de la revolución francesa (1789), la entronización de Carlos IV (1788) y el retorno de Fernando VII, “El Deseado” (1813).¹²

Características y justificación del sermón al pueblo de Zacatecas a favor del emperador Agustín I

Esta pieza no tiene autor conocido ni fecha precisa. Se puede sospechar de su autenticidad y originalidad. La proliferación de sermones en la

¹¹ Carlos Herrejón Peredo, 2003, *Del sermón al discurso cívico. México, 1760-1834*, El Colegio de Michoacán-El Colegio de México, México, p. 343.

¹² Cfr. Herrejón, *op. cit.*, p. 61.

época virreinal y en la independiente, puede ser el indicativo de que muchos discursos fueran copiados o transformados para darle multiplicidad a la función del sermón transitorio. Es decir, el que se inscribe con fuertes rasgos y características de sermón religioso pero que ya ensaya con ideas que se refieren la potestad civil o al poder político. Si se revisan algunos fragmentos de sermones en pro de Agustín de Iturbide, se encontrarán similitudes en el uso de citas bíblicas, latinazgos, en algunos tratamientos de los temas o en el tono, que puede catalogarse como lisonjero. En ese sentido, vienen a colación las obras de José de Jesús Huerta (*Sermón que en la bendición de las banderas del regimiento de infantería de la milicia local de Guadalajara...* 25 de marzo de 1822, Guadalajara); Juan de Dios María Piñera (*Sermón panegírico eucarístico que en honra de nuestro libertador el Sor. D. Agustín Primero emperador augusto del gran imperio del Anáhuac en su exaltación al trono...* Imprenta Imperial de D. Mariano Rodríguez, 1822, Guadalajara); y Manuel de la Torre Lloreda (*Discurso que en la Misa de Gracias celebrada en la iglesia Mayor de la ciudad de Pátzcuaro el día 12 de diciembre de 1822, a consecuencia de la aclamación religiosa del Señor Don Agustín Primero Emperador de México...* 1823, México).¹³

En la pieza (que es un discurso oratorio pero también con elementos de entimemático o intelectual, constituido por antecedentes y consecuentes, con un objeto surgido de condiciones históricas precisas y complejas)¹⁴ se puede observar el recurso de *isocolon*. Se nota una estrategia por la construcción de periodos, constituyendo una cadena enumerativa de varios elementos principales que coinciden con sus miembros y efectos acústicos,¹⁵ como en el caso de *aquellos hombres que se nombran filósofos, que se dicen sabios y los son por mal nombre*.¹⁶

El registro lingüístico del discurso, para el interés del presente trabajo, es histórico, conformado por registros complementarios y de fuertes rasgos y contenidos políticos, sociales, morales y religiosos. El autor de la pieza supuso que el registro utilizado fue el adecuado, por el

¹³ *Ibid*, pp. 338-342.

¹⁴ Cfr. Beristáin, *op cit.*, pp. 153-155.

¹⁵ Cfr. *Ibid*, p. 279.

¹⁶ *Sermón al pueblo de Zacatecas para que elija y jure emperador de México a don Agustín de Iturbide por el nombre de Agustín I, siglo XIX*, 28 ff. Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscritos. 20243 (4), p. 6.

contexto en el que se desarrolló el discurso, posiblemente en la iglesia parroquial de la ciudad y dentro de una larga ceremonia litúrgica. En dos ocasiones, señala el orador que se dirige a un auditorio versado en algunas de las materias del discurso. En una de ellas dice, por ejemplo, que (...) *no me creo, señores, en la precisión de decíroslo con difusión pues que estáis de ello bien instruidos*.¹⁷

El recurso de la epidiégesis es bastante claro en el discurso porque inicia a manera de una narración breve (*narratio*) en la que resume el contenido y la división total de la pieza, para luego presentar la parte amplia o *repetita narratio*. Asimismo, se pueden notar los recursos de reyección (deseos de posponer el desarrollo de los temas), revocación (regreso a un tema central después de una digresión) y del ritmo y la secuencia.

Las cuatro operaciones de este discurso oratorio, a manera de la retórica antigua, están presentes en este panegírico a Iturbide. La *inventio* señala las razones de ser de la pieza, consignando en su contenido las ideas generales y los argumentos centrales, en este caso, la sabiduría, el agradecimiento y la religiosidad como acciones propias de la persuasión. La *dispositio* es la organización de lo hallado en la *inventio*, con su exordio, narración, argumentación (con confirmación y refutación) y el epílogo. La *elocutio* se expresa en el discurso con una argumentación gramaticalmente correcta para la época, con formas precisas y claras y con toques de elegancia y elocuencia verbal. La *actio*, no es posible medirla ya que era la ejecución retórica de la pieza en sí. Pero al tratarse de un clérigo y en un contexto religioso o de púlpito, es posible afirmar que dicha ejecución debió de ser encendida y apasionada como todo discurso que se repite de bien halado en las alturas del púlpito mismo.

Las expresiones latinas no son frecuentes pero sí importantes. La apertura del discurso es precisamente con la sentencia *sie est voluntas Dei, ut beneficientes obmutescere ratiatis imprudentium hominum ignorantiam* (porque así es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer la ignorancia de las razones de los hombres imprudentes). La sujeción a las potestades temporales es la regla básica para que los buenos cristianos sepan conducirse con sobriedad. Al obedecer a la potestad tempo-

¹⁷ *Ibid*, p. 11.

ral, se está obedeciendo al Evangelio: *Sed pues sujetos a toda humana criatura por Dios o al Rey como el que tiene potestad sobre nosotros o a los que los gobiernen como a enviados por él.*¹⁸

El tratamiento que se le da a Iturbide es de nuevo caudillo, colocado en el gobierno de México por el mismo Dios. Una de las referencias en primera persona que contiene el discurso en cuestión es en el momento de iniciar el mismo. El orador pregunta a su audiencia por qué no se eligió a un orador *sabio que desempeñara dignamente el asunto de este día*. De todas formas, se da por hecho que el orador deberá hacerse cargo del discurso “que ya está hecho”, y que deberá promover entre los oyentes para darles satisfacción a sus expectativas. Se hace énfasis en que los feligreses siempre han estado acostumbrados a obedecer porque es imposible vivir en sociedad “sin tener un jefe”.¹⁹ En ese mismo rubro, se recuerda a los zacatecanos que juraron obediencia al “inmortal héroe de Iguala”. Al final de la introducción el orador menciona que son tres las razones por las que ejecutaron una obra digna con su acto de obediencia: sabiduría, agradecimiento y catolicidad. Esa es la división que el orador propone en su disgregación, que se traduce en la sabiduría, la gratitud y la religión de los zacatecanos. La triada de virtudes de la feligresía los obliga “dulcemente” a jurar por su monarca Agustín I. El trastorno político recorre América, pero no ha de llegar al Imperio de México porque los detractores de la religión y la política, ya hechas por y para los americanos, no tienen razón de ser, excepto para los hombres inconsiderados porque éstos luchan en contra de la voluntad general de los pueblos de América.

Sabios falsos contra sabios verdaderos

El modelo a seguir para los sabios de todos los tiempos es Salomón; a su vez, la sabiduría es el medio más reputado para regir a los pueblos. Pero abundan, en todos los tiempos y las tierras, los que se apropian del renombre de sabios, que inventan nombres vacíos y que, paradójica-

¹⁸ *Ibid*, p. 19.

¹⁹ *Ibid*, p. 3.

mente, para nuestro orador anónimo, hacen uso de hermosas palabras y un estilo divertido para cubrir sus desórdenes y ocultar la verdad. El sofisma de los sofistas²⁰ es el arma principal de esos sabios falsos que ofensivamente para una comunidad se hacen llamar *filósofos*, a los cuales, los sensatos les llaman charlatanes. Los recursos retóricos más utilizados por esos pseudosabios son humanidad, filantropía, derechos imprescriptibles del hombre, libertad, igualdad, fanatismo, superstición, rutina y antiguallas y entre seiscientas palabras que tienen aprendidas del diccionario.

El orador utiliza el mismo lenguaje que lo comunica con su auditorio para atacar a los sabios falsos, a quienes, entre otros aspectos, califica de *revoltosos, inquietos, presumidos, impuros, seres infernales, caprichosos y seres de filosofía maldita*.²¹ El contenido ilustrado del discurso en pro de Agustín I, es notable y suficiente. El autor asume que la filosofía falsa proviene de Inglaterra y Francia, principalmente. Él parece conocer la obra de los principales “agentes de Lutero y Calvino”. Y culpa a estos dos reformadores de la Iglesia como la fuente de todos los males que padece la humanidad de la época. Se centra y se ceba en los ataques contra los franceses. Como muestra de una sólida formación en el análisis de los “falsos filósofos”, el orador señala nombres de perseguidos por esa “inhumana filosofía”: Carlos I, Carlos II y Jacobo II de Inglaterra; así como al duque de Guisa, Enrique III, Enrique IV y al “piadoso y pacífico” Luis XVI de Francia. En esta pequeña lista se nota la clara influencia antifrancesa en el orador y su militancia monárquica porque Lutero y Calvino enseñaron en sus escritos que los reyes son *seres infernales y que sus derechos son nulos*.²²

²⁰ Del griego *sofistés*, sabios, los que poseen el saber o están dotados de riqueza espiritual. Inicialmente se había aplicado esta denominación a la mayor parte de los filósofos presocráticos. Pero, en la historia del pensamiento, después de Sócrates, Platón y Aristóteles, adquiere su significado aplicado a un amplio grupo de intelectuales, maestros y filósofos griegos de los siglos V y IV antes de nuestra era, quienes tuvieron gran influencia y que, más que formar una escuela, compartían rasgos comunes como maestros de retórica y de cultura general. En la historia de la filosofía, y debido a la gran influencia de Sócrates, Platón y Aristóteles —que se opusieron a ellos y les acusaron de ser portadores de un falso saber— el movimiento de los sofistas se ha entendido generalmente a partir de una perspectiva despectiva. Jordí Cortés Morató y Antoni Martínez Riu, *Diccionario de filosofía* (en CD-ROM), Empresa Editorial Herder S.A., Barcelona, 1996.

²¹ *Ibid*, p. 6.

²² *Ibidem*.

De una geografía a otra para ejemplificar la existencia de los falsos sabios, el orador lleva a su auditorio: desde Inglaterra hasta Francia y desde Alemania de José II hasta la Rusia de Catalina II. Las desgracias vividas en San Petesburgo, en los tiempos catalinistas, tienen nombre y se llaman monsieur Reinhard, quien con otros *malos filósofos recorrió también Polonia, Dinamarca, Suecia y la República Helvética levantando a sus habitantes contra sus autoridades legítimas y seduciéndolos en puntos religiosos*.²³ El orador da más nombres de quienes considera falsos sabios: Bernardotte, Calincourt, Champagni, Rochefocault, Grinelvino, Voltaire, Necker, Baifli, Camus, Martineau, Frayllart, Mirabeau, Ametrie, Hobbes, Seruty, Condorcet, Dupont y “otros crueles que han trastornado casi toda Europa,” y que merecen más calificativos por parte de nuestro orador: impíos, herejes, pésimos, ateístas, corifeos y malvados de la revolución francesa.²⁴ Para sustentar sus argumentos, el orador cita a un italiano (del que, curiosamente, no menciona el nombre) que escribió un diccionario de la filosofía,²⁵ que, según el clérigo que lo escribe, es una especie de novela de horror, en la que desfilan referencias sobre crueles y bárbaros homicidios, viudas infelices, huérfanos desamparados y hambrientos desesperados. La filosofía falsa, en suma, es *la perdición de tantas vírgenes (sic) a quienes prostituyó el desenfreno lascivo de nuestros discípulos, la ruina de las familias, la destrucción de los templos, la impía persecución del sacerdocio y el universal atropellamiento de todas las leyes humanas, divina y natural*, como ejemplo de los triunfos de ella misma.²⁶

Una de las fuentes que el orador identifica como una especie de “verdadera filosofía” es, inusualmente, el Congreso mexicano, pues gracias a la sabiduría de los congresistas, se eligió el gobierno de la monarquía moderada, para que un monarca rija la nación, *arreglado a las leyes justas que la misma nación americana forme por medio de sus sabios verdaderos para conservar el orden, propiedades, quietud y paz de todos sus individuos*.²⁷

²³ *Ibid.*, p. 8.

²⁴ *Ibid.*, p. 9.

²⁵ *Nouvu vocabulario filosofico-democratico indispensabile per ognuno che brama intendere nouva lingua rivoluzionaria*. Venecia, preso Francesco Etudoela, con privilegios, 1799.

²⁶ *Sermón al pueblo de Zacatecas para que elija y jure emperador...* pp. 8-10.

²⁷ *Ibid.*, p. 11.

Entonces, afirma el orador, que Agustín I es el legítimo, el mejor recomendado por los políticos, el ungido por el que sólo puede dar y quitar reinos (Dios). Iturbide es el libertador, el instrumento maravilloso del Creador, el que para su fortuna personal y la del reino del Anáhuac, España despreció la Corona que se le ofrecía a la dinastía de los borbon.²⁸

Y Zacatecas, señala el orador en uno de los últimos párrafos de esta última parte, es fidelísima y noble, apegada a los sentimientos universales de la América. El máximo y verdadero sabio de sabios es, sin duda, Jesucristo. Gracias a él los zacatecanos poseen las “luces necesarias” para considerar como suya la cordura, la política, la sabiduría y la gratitud.

La gratitud de los zacatecanos, gratitud de los americanos hacia sus libertadores

La conducta de los habitantes de Zacatecas debe ser de acuerdo con las circunstancias. El agradecimiento o gratitud debe proyectarse por la calidad de deudores hacia Agustín de Iturbide. Es en esta parte donde el orador se manifiesta contra los trastornos políticos que se tuvieron debido al gobierno virreinal español, a sus decretos “antipolíticos y antieclesiásticos, dictados por la falsa filosofía.” Y esa filosofía, si acaso, se refiere a la de los últimos reyes borbones. Entonces, no todos los reyes, incluso los que no son atacados por los falsos filósofos, no pueden ser buenos gobernantes. El uso de circunstancias políticas está a la deriva; y el orador hace uso del desprecio contra el dominio español, aun sin reparar si los reyes son justos o no. La calidad de soberanos no siempre es positiva, al menos en este caso para los americanos y desde el punto de vista de quien pronuncia el discurso.

Para manifestar el agradecimiento que debe profesarse a la figura de Agustín I, el orador, nuevamente, utiliza el tono panegírico para ensalzar a Iturbide, utilizando la historia del caudillo, representada en el sermón como una serie de penalidades y adversidades vencidas y los atributos que le acompañan: *Ni los peligros, ni los cansancios, nada de esto, es capaz de contenerlo (...) constante en los peligros, paciente en las persecuciones,*

²⁸ *Ibid*, p. 13.

consecuente en sus planes, manso y bondadoso para con sus enemigos, dulce en sus palabras, respetuoso a Dios y a su Iglesia, honrador de los ministros del santuario, enemigo de la falsa ilustración del día, formado como otro David... Más adelante, Agustín I es comparado como el Macabeo de los albores de la independencia, el Alejandro Magno de México, Ángel Tutelar de la América, Libertador de la Patria. El clérigo orador no puede evitar convertirse en visionario político y recurre a la puesta de escenarios futuros; menciona las opciones, aunque éstas sean adversas para el caudillo de Iguala: *unos presagian el infeliz término de la pretensión (...) otros gradúan de presuntuosa su valiente resolución (...) otros esperan verlo arrepentido y humillado.*²⁹

Otro motivo para que los zacatecanos estén agradecidos con el emperador es que éste liberó a la tierra mexicana en tan sólo siete meses. Si el corazón de los zacatecanos estuviera lleno de envidia,³⁰ no sería capaz de proferir alabanzas de amor y gratitud, ni de saber que el nombre de Agustín resonó en todos los lugares más remotos y pequeños: *Viva Iturbide, decían sus habitantes de todas clases, condiciones y estados; viva Iturbide, repetíamos con júbilo.*³¹

Y para cautivar a sus oyentes, el orador discurre el argumento que compromete a los zacatecanos: jamás dejaremos de serle agradecidos. En la lógica del discurso, si los americanos no han sido ingratos en su generalidad, los zacatecanos no se pueden quedar atrás. La agradecida Zacatecas, entonces, no ha cedido a la "monstruosa ingratitud." Sentencia el orador, como para que no se olvide esa cualidad de que es de bien nacido ser agradecido: *sois pues agradecidos y habéis manifestado también vuestros religiosos sentimientos.*³²

²⁹ *Ibid*, pp. 17-18.

³⁰ *La envidia corresponde, sin duda, a esta clase de males (morales). Siempre se produce un círculo de silencio en torno suyo cuando aparece. Impone respeto e imprime carácter, y como ningún otro mal sitúa lejos y aparte a quien lo padece (...) Pertenece al mundo de lo sagrado. Y la primera acción de lo sagrado es enmudecer a quienes lo contemplan (...) Avidez de "lo otro" podría ser la forma más benévola de señalar la envidia*, María Zambrano, 1993, *El Hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica (Breviario 103), 2ª edición, México, p. 278.

³¹ *Ibid*, p. 20.

³² *Ibid*, p. 22.

La religiosidad o el dulce juramento de la obediencia

Para nuestro orador es una verdad que el pueblo juró por Agustín I, pero también por las órdenes del Congreso mexicano. A pesar de eso, se reconoce que la figura del emperador está en latente peligro por los falsos filósofos, los que dicen lo contrario a la Iglesia y al estado soberano de la monarquía moderada. Está en peligro porque se ha preocupado por dividir a la patria dividiendo la opinión con soberbia y ambición, inspirados, dice el orador, en los *pestilentes escritos y operaciones intolerables*.³³ Los falsos filósofos, nuevamente, es el argumento para advertir al pueblo mexicano de tres posibles desgracias: una guerra fratricida, la destrucción de la patria y la invasión extranjera. La primera sería fatal y devastadora que llevaría directamente a la segunda consecuencia; y se cita el caso de las desgracias de Francia. La tercera es explicada de forma independiente en el discurso y, con razón, se teme de una invasión de la *España resentida o de otra potencia que siempre han envidiado este rico terreno*.³⁴

La religión es el medio para cooperar con el sacrificio de miles de mexicanos que no deben seguir el caprichoso discurso de los descontentos. Los feligreses son ponderados por el autor del discurso como verdaderos ilustrados que perciben la combinación de los principios católicos con los proyectos revolucionarios. La fuerza del discurso, en esta parte, estriba en los extremos tocados por el mismo en cuanto a la potencial desgracia que puede caer sobre los mexicanos. Es preferible que los zacatecanos, en particular, sean objeto de la furia divina a través de una peste desoladora, una escasez nunca vista o terremotos que los sepulten vivos, en lugar de ser gobernados por “filósofos de moda” que intentarán descatolizarlos.³⁵

La amenaza para los zacatecanos y los americanos en general, radica en que la religión pudiera ser “embestida” por una gran pseudociencia del momento que puede ser disfrazada por los falsos filósofos que se digan católicos, que citan el evangelio pero entretanto atacan al clero,

³³ *Ibid*, p. 23.

³⁴ *Ibid*, p. 25.

³⁵ *Ibid*, p. 26.

ponderan sus rentas, infaman a los frailes y destruyen las facultades del pontífice.

El orador raya en el paroxismo del panegírico cuando se dirige a la dichosa América por haber elegido y jurado por su monarca a Agustín de Iturbide (*sic*). Conmina a la misma América a obedecer, respetar y ser fiel al héroe de Iguala. Zacatecas también debe sentirse afortunada pero vigilante para cuidar la religión. En la última parte del discurso, el orador resume magistralmente el contenido y los temas tratados alrededor de la figura del emperador: *Vive, oh gran Príncipe en nuestros corazones. Domínanos y rígenos por leyes sabias y justas (...) gustosos te admitimos por nuestro emperador porque así lo exige la Ilustración verdadera, esto pide nuestra gratitud y esto no intima por todo aspecto nuestra religión. Cállense pues y no abran más los labios los Menelaos revoltosos (...) Si preguntan o inquietan ¿cómo piensa Zacatecas? Según que Zacatecas piensa y obra conforme a la voluntad de nuestro Dios, que piensa sabia, agradecida y religiosamente. Sic est voluntas Dei. Dixi.*³⁶

Consideraciones finales

El sermón a Agustín I se inscribe dentro de la corriente de panegíricos a Iturbide, que, posiblemente, tuvo la atención y el tratamiento de un buen número de oradores novohispanos. Esta línea de discursos a Agustín I se localiza en las ciudades con mayor nivel de politización y con mayor presencia de un circuito de comunicación, digamos privilegiado, en los acontecimientos durante los dos primeros años después de la consumación de la independencia, incluyendo el periodo de formación, auge y caída del primer Imperio mexicano. Es, también, el ejemplo de una forma de expresión de la entonces recién estrenada nación mexicana, con sesgos de formación politizada en sus élites, pero con la conservación de fuertes rasgos del discurso eclesiástico colonial. Dicho de otra manera: un nuevo país entre la tradición y la modernidad.

Es posible conjeturar sobre el carácter anónimo del discurso, en el sentido de que fue escrito y pronunciado sin muchos aspavientos para que su autor tuviera el beneficio de la duda. Si esa fue la intención de

³⁶ *Ibid*, p. 28.

la discrecionalidad que se nota en el origen del discurso, su autor no estaba muy equivocado cuando vaticina y pone en boca de los detractores de Iturbide su pronta caída del poder, su efímera causa política, motivada por un simple hecho: Iturbide estaba realmente solo, aislado y lejos del verdadero poder del momento: el Congreso Constituyente.

La pieza, en suma, es un importante documento para conocer la exégesis y tipología del sermón autónomo del ámbito litúrgico, sin dejar de utilizar comentarios bíblicos y palabras de los llamados Grandes Patriarcas de la Iglesia. Las coyunturas por las que atravesaba la sociedad del Zacatecas de mediados de 1822 (tiempo en el que se puede ubicar al sermón) se adaptan casi perfectamente a sus exigencias de información política. No se debe pasar por alto el fuerte contenido persuasivo del sermón para tratar de redefinir la orientación de las ideas políticas de las elites zacatecanas de la época.